



Relatos

366

92

# EL FUEGO DE SAN JUAN

## –1ª PARTE–

Las llamas comenzaban a extenderse en las caballerizas. Los caballos habían roto las cuerdas que los ataban a sus anillas y habían tirado las puertas con sus patas herradas.

El humo campaba a sus anchas por el recinto de madera. El día anterior había llovido. El fuego en contacto con la madera húmeda hacía que se acumulara un denso y asfixiante humo en el interior.

Los criados que habían entrado a la construcción de madera pronto caían mareados desfallecidos por la asfixia.

Una chica muy pequeña lloraba junto a uno de los cubos de agua situado en la esquina de las caballerizas. La parte superior de una ventana cayó derribada por una inmensa piedra del exterior y a través de ella un encapuchado ágil y vigoroso saltó siendo amortiguado por la paja del suelo.

El héroe se apresuró hasta la asustada criatura.

–¿ Cómo te llamas pequeña ?–preguntó el salvador misterioso.

–Magdalena– contestó la chica.

–Escucha Magdalena, me llamo Hernán, vengo de San Juan, el monasterio en mitad de la peña en cuya falda estamos ¿ te vienes conmigo ?

–Claro– dijo la pequeña cogiéndole de la mano.

–ii Qué frías tienes las manos !! Vamos, rápido, cúbrete con mi túnica y cierra los ojos o te marearás con el humo.

\* \* \* \*

Los monjes benedictinos de San Juan acogieron a la pequeña Magdalena entre los suyos.

Al principio la miraban extrañados y Díaz el abad tuvo dudas, pero cuando Magdalena aprendió a cocinar, cocer pan, lavar ropas y limpiar a conciencia la percepción de todos los monjes hacia ella cambió radicalmente.

La comunidad la acogió como una más aunque no todos lo veían bien. Enriquez el herrero la miraba con ojos de deseo y lujuria desde que entró.

\* \* \* \*

Cómo cada medianoche, cuándo las velas de los aposentos de los monjes de San Juan comenzaban a apagarse Magdalena miraba las puertas de cada alcoba desde las literas de la cocina donde dormía.

Cuando no escuchaba ruido en los aposentos salía cubierta por un hábito marrón que también le ocultaba el rostro.

Tres toques secos sonaban en la puerta de los aposentos de Hernán, el monje de Burgos.

Tras dejar pasar al encapuchado el monje cerraba la puerta.

\* \* \* \*

–Tres toques, el padre, el hijo y el espíritu santo– dijo Magdalena mientras se despojaba del atuendo.

Hernán colgó su túnica y bloqueó la entrada con la mesita de madera.

–¿ Has concluido ya tus oraciones ?–preguntó una Magdalena que ya dejaba ver sus formas tras más de veinte primaveras de vida.

–Las de ahora y las del gallo mañana temprano. Tengo que robarle tiempo a mi dedicación si quiero estar contigo– sentenció Hernán.

–Cuando me salvaste no tenías estos pelos grises de ahora, entonces eras un apuesto rubio– dijo Magdalena cogiendo al monje por la cintura.

–Desde que pasas tanto tiempo junto al rudo Antón te has vuelto una deslenguada i Ese vascón !

–Él me ha enseñado a cocinar carne, pescado, a remover huevos y levadura para hacer pasteles y a cocer pan. Mientras amaso la masa aguada y cuándo sube la levadura en el horno al cocer me cuenta las comidas que os habéis pegado en San Juan. Los fines de semana os lo pasáis de vicio. Me ha prometido que con el tiempo me contará las veces que bajabais a Jaca a santificar las fiestas. Dice que la última vez subisteis el Lunes borrachos después de todo el fin de semana en las tabernas i metidos junto a las provisiones que os suben al monasterio !

–Por lo que veo no te dice nada bueno de nosotros ¿ eh ?

–Todavía resultas muy atractivo fornido cristiano. Tus canas todavía impresionan a las jovencitas– dijo Magdalena en un tono más bajito.

Hernán y la chica se quitaron la ropa interior lentamente y se fundieron en un tierno beso.

El monje metió dos de sus dedos en la boca de Magdalena. Cuando los sacó apagó la vela que iluminaba la estancia apretándola con las dos yemas.

\* \* \* \*

La noche siguiente Magdalena volvió a los aposentos de Hernán.

–¿ Qué tal el día ?–preguntó el Burgalés tras ver a la chica con rostro pesado.

–Estoy muy cansada, cariño. Por fin algo de paz y tranquilidad. Hoy limpiamos toda la gravilla que soltó la peña en el claustro y en la capilla y también limpiamos el horno de pan. Antón dice que la última vez fue hace un año pero parece que fue hace diez.

–Vamos, túmbate en la cama de lana, te agasajaré la espalda.

–No es justo, tú no tienes que limpiar, sólo comer bien y rezar, por favor.

–No te quejes ¿ Cuánto hace que duermes en cama de lana y no en tu litera de paja ?

–Hace meses que un fornido monje me miró con pasión. El mismo que me salvó de morir quemada.

Magdalena se dio la vuelta. Sus ojos vidriosos enfrentaron la tierna mirada de Hernán.

–Te quiero– le dijo el burgalés.

–¿ Me quieres tanto o más que éste frío suelo ?

–No sé qué más podría hacer por esta guapa y hermosa mujer de pelo rojo rizado.

–Podrías echar algunas ramas de madera al fuego, tus aposentos podrían cobijar a un hombre de los hielos.

Hernán sonrió y los dos se recostaron en la cama.

\* \* \* \*

A la mañana siguiente la puerta de los aposentos de Hernán se abrió lentamente. El gallo todavía no había despertado y Magdalena se movía a hurtadillas.

Hernán salió tras la chica en dirección a la capilla de tres altares para rezar. Alguien le cortó el paso.